

Una de tabernas. Pichorino

Por: *jdellariera*

A Resti y Moncho Trigo, hospitaleros en Castrogeriz, a quienes supongo buenos encajadores y lo suficientemente cachondos, con todo mi humor.

Le fue fácil, muy fácil, descender desde el cimborrio. Para él, un mono, aquello estaba tirado, no había más que aprovechar las grietas. Ciertamente que cualquiera que a esas horas de la madrugada mirara hacia la fachada oeste de la iglesia de San Martín de Frómista, con la noche de Castilla estallando en luna llena, no podría dejar de sorprenderse: un mono empalmado estaba descendiendo vertiginosamente hasta el suelo. También el mono estaba sorprendido, aunque ahora había luna llena aquella tremenda tormenta que había caído al atardecer y, sobre todo, aquel centellazo que le había alcanzado en medio del prepucio, le había lanzado a un mundo, que a él, un pobre canecillo de Frómista, no dejaba de sorprenderle. Al fin y al cabo él no era más que eso, pobre canecillo, un canecillo afortunado, eso sí, había pasado desapercibido en el cimborrio a aquel furor castrador que les entró a los memos pacatos que hicieron la restauración del templo en el siglo XIX.

Y es qué, al fin y al cabo, la voluntad del Maestro Muri había sido colocarles a ellos en las más disparatadas y orgiásticas posturas, seguramente con ánimo de escandalizar al clero, para que luego hablen de las tinieblas medievales, ya, ya. Y a esos cafres que restauraron la iglesia, no se les ocurrió otra cosa que correr un tupido velo sobre las miserias expuestas con desenfado por los maestros canteros. Aparte, casi acaban con el primitivo sentido que los mismos habían dado a toda la obra.

Llegó al suelo. El silencio envolvía Frómista cuando echó a andar. Y el alba le sorprendió junto al Canal de Castilla.

El sargento Exuperancio Medeiros lo tenía claro. Había pedido aquel destino tranquilo con el ánimo dispuesto a una jubilación lo más placida posible en su Guitiriz natal. Aquello era en realidad un remanso de paz, alguna chorrada como algún peregrino que se ponía enfermo, alguna pequeña reclamación hostelera, bah, nada de nada, un remanso de paz (y un aburrimiento, pero eso al sargento Exuperancio Medeiros le traía sin cuidado, ya se había "divertido" bastante con los "*moinantes*" de Carballo, aquello si era currar). Por eso se desperezaba lentamente junto a Puente Fitero, el sol comenzaba a apretar y el coche rebullía ya ante los resoplidos del número Graciliano Cristiñade. Graciliano Cristiñade o la placidez absoluta, coño, se dormía en cualquier parte, era paisano suyo, pero carallo, aquello no era compostura ni era nada. Joder, menuda forma de roncar. Realmente había que marcharse ya, aquella denuncia era absurda, allí nunca pasaba nada, pero a primera hora de la mañana habían recibido un montón de llamadas histéricas en el cuartelillo. Al principio no entendía nada, eran llamadas de mujeres, todas lo mismo: "una barbaridad, guardia, una barbaridad, va todo empalmado tranquilamente por el Camino, es, es... sencillamente inenarrable, guardia, un espanto. Pongan

orden, ya no sabemos dónde vamos a parar, o a lo mejor sí, muevan el culo y paren a ese degenerado." Lo más sorprendente fueron una serie de llamadas masculinas rugiendo de indignación, clamando al cielo: "no hagan caso guardias, es imposible, para prepucio el nuestro, todo son imaginaciones, dicen que la arrastra por el suelo, bahhh, no hagan caso."

Poco a poco fue entendiendo el tema (al sargento Exuperancio Medeiros le costaba entender los "temas", pero una vez puesto en marcha era una máquina, un baluarte de la benemérita). A él le iba a trastornar su zona un depravado, ya, ya, le agarraría de las pelotas y lo arrojaría al Pisuerga, lo que menos necesitaba aquel remanso de paz eran cartas a los periódicos de peregrinas y peregrinos desatados protestando por la depravación del Camino de Santiago, y precisamente allí. De eso nada, ya vería aquel degenerado, ya. Pero por allí no aparecía nadie, y encima Graciliano se acababa de despertar y había abierto aquel bote asqueroso de *Nocilla* que estaba rebañando con los dedazos. Estaba harto de decírselo, "*Graciliano, tes pinta de vaca marela, tes que vixiar a imaxen o vou dar parte de ti e te van mandar o País Vasco, manjarrán, o look é moi importante*".

- ¿Me pueden decir ustedes si voy bien para el Castillo de Sigerico?
- ¿Me pueden decir ustedes si voy bien para el Castillo de Sigerico?

El sargento Exuperancio Medeiros bajó la ventanilla y vio ante ella a un mono peludo, con un enorme prepucio empalmado, que le miraba de hito en hito.

- Tengan la bondad. ¿Voy bien para el Castillo de Sigerico?
- Todo recto.

Inconscientemente el sargento saludó militarmente al mono. El mono (ya se sabe que los monos tienen un acendrado espíritu de imitación), contestó al saludo. Luego, tranquilamente, tomó el Camino que se alejaba hacia el infinito.

El sargento Exuperancio Medeiros comenzó a reaccionar diez minutos después, cuando le arreó un feroz codazo al número Graciliano Cristiñade.

- ¿Qué has visto?
- *Meu sargento, o meu parecer he visto un mono empalmado, unha cousa extraordinaria, no meu povo sería unha sensación, que maravilla.*
- ¡Tú no has visto nada, mentecato! ¡Tú no has visto nada, y yo tampoco! ¿Quieres que nos tomen por imbéciles? ¿Quieres que me manden otra vez a Carballo? ¡Antes te mando a ti a Rentería! ¡Un mono empalmado! ¡Cosa de cuatro peregrinas histéricas y de tres desocupados!
- *¡Sempre as súas ordes, meu sargento! Eu non vi nin ren, pero é unha cousa extraordinaria, ¿podo comentarllo a miña Rosiña?*
- ¡A nadie, tú no se lo comentas a nadie! ¿Estamos de acuerdo?

- *Sempre as súas ordes*

El tipo enorme de la coleta estaba sentado en una mesa, en la recepción del albergue de Castroféliz. El pequeño mono empalmado esperó pacientemente en una cola de peregrinos, de peregrinos horrorizados ante lo que tenían entre ellos, hasta que le tocó el turno.

- ¡La credencial!
- Oiga, es que yo soy un pequeño canecillo de Frómista y...
- ¡La credencial!
- Mire, yo sólo soy un pobre mono empalmado qué...
- ¡La credencial!

El pequeño mono se largó cabizbajo. Algunos peregrinos le apedrearon. Se cruzó con otro grandullón con pinta de hospitalero y acento gallego que entraba en ese momento en el albergue.

- ¡Mono ! ¡Joder que cachondo eres! ¡Tómate unos vinitos!

Llegó otra vez la noche cuando el pequeño canecillo pasó ante los muros de San Antón. Anduvo y anduvo, envuelto en sus quimeras, navegando en sus pensamientos. Maldita tormenta, maldito rayo que le había lanzado a un mundo que le rechazaba con espanto. Él era fruto del delirio de los humanos, su espectacular priapismo también, no entendía el rechazo. Desolado llegó a Fontanas y se sentó sobre un muro mientras torrentes de lágrimas le caían hasta el hocico.

- Tengo que encontrar una solución, tengo que encontrarla, sólo hay un ser que me puede ayudar. Debo llamarlo.

El diablo no solía atender peticiones de animales, y mucho menos de monos, que luego se pasaban el día imitándole y no era cuestión. Pero aquel era un canecillo del Camino de Santiago y él había estado todo el día deshuevándose de risa, sobre todo cuando el mono entró en la ermita de Ponte Fitero y espantó a aquellas italianas que huyeron aterrorizadas poniéndose las palanganas de lavar los pies por sombrero castoreño y clamando: *¡porco governo!* Así que tomó la forma de mi viejo amigo Leonardo (ya se sabe, pelo recogido en coleta, pendiente en la oreja, vaqueros y camiseta de abracadabra) y se le apareció al canecillo.

- ¡Qué me quieres mono!
- ¡Sácame de esta y te doy mi alma, toda mi alma de simio será tuya!

Leonardo le miró con aquella mirada suya que producía vértigo, la misma que le había dirigido en una paramera a un tal Pedro Tremendo. Luego escupió entre dientes y se dirigió al simio.

- ¡Muy típico, muy típico de la Iglesia abandonar a sus símbolos, aunque sea un símbolo vergonzoso como tú, madre mía que *mandao* tienes hermano! Y luego, claro, tengo que venir yo a arreglar el jodido entuerto, como siempre. A ver, déjame pensar. Ya está, A partir de hoy, y hasta la consumación del Camino, serás cantinero en Fontanas. Ejercerás de tabernero y tomarás por nombre Pichorino. A cambio, tu alma.
- ¡ Chócala Lucifer, trato hecho!

Y así fue, si así os parece, como el pobre mono empalmado, el pequeño canecillo de Frómista, se convirtió en tabernero del Camino de Santiago. Claro que esto es un cuento, o tal vez no, yo qué sé, al fin y al cabo, ¿qué es un cuento? Que toda la vida es cuento y los cuentos, pues eso, cuentos son.

Cumple cantar:

*Guardati da pellegrini Colle Barbe e co'catini Che limosne chiedendo Colle donne van se-
dendo.*

(Del Reggimento di donne, Francisco Barberino)

Desde Galicia, abrazos, José Antonio de la Riera